

—¡No se hable de eso! —replicó el caballero como si no le importara rompérselas todas—. El gran arte de montar a caballo, como iba diciendo, es... (aquí un terrible tambaleo), es... guardar el equilibrio. Así, ves...

Y soltó las riendas, levantando ambas manos para demostrarle a Alicia gráficamente su argumento, y, como si le hubiesen pegado un tiro, dió una voltereta y fué a caer al suelo, entre las patas del caballo, cuan largo era.

—¡Tengo demasiada práctica! —tuvo aún el valor de repetir todo el tiempo que Alicia tardó en levantarlo—. ¡Demasiada práctica! ¡Demasiada práctica!

—¡Esto es ridículo! —exclamó Alicia ya impacientada—. Con esa práctica debieras montar un caballito de madera, de esos con ruedas.

—Y dime, ¿caminan despacio esos caballitos? —preguntó el caballero con interés, mientras se aferraba fuertemente al cuello del caballo para caer de nuevo.

—Mucho más despacio que los caballos de carne y hueso —repuso Alicia, que, a pesar de sus esfuerzos, no pudo contener una carcajada.

—Voy a ver si consigo uno —dijo el caballero pensativo y como hablando consigo mismo—; uno... o dos..., o varios, según.

Hubo una breve pausa después de este diálogo.

—Yo tengo una gran mano para los inventos —empezó de improviso—. No sé si te fijaste que la última vez que me levanté estaba algo preocupado.

—Algo grave parecías.

—Bueno, pues en ese mismo instante estaba inventando un nuevo procedimiento para pasar por encima de las puertas. ¿No te gustaría saber cómo?

—¡Oh sí; me gustaría mucho! —respondióle muy cortésmente Alicia.

—Te diré cómo se me ocurrió. «Como ya habrás visto, me dije, la dificultad estriba en los pies. La cabeza es ya lo suficientemente alta. Ahora bien, primero pongo la cabeza encima de la pared, ya sabemos que se halla bastante alta..., luego me pongo con los pies para arriba y ya éstos están también a bastante altura; es matemático. ¡Y ya está! Entonces paso.»



—Sí, seguramente pasarías luego de haber hecho esta operación —convino Alicia algo meditabunda—. ¿Pero no te parece un poco difícil?

—No lo he probado aún —respondió muy serio el caballero—; no puedo afirmarlo..., aunque tal vez tengas razón y la cosa no sea tan fácil.

La idea no parecía haberlo dejado muy satisfecho, y Alicia, para animarlo, cambió en seguida de conversación.